JOSE TORRES OROZCO

FILOSOFIA, PSICOLOGIA y CIENCIA

TOMO III

COLECCION: UN GRAN MICHOACANO

Su vida, su pensamiento, su acción.

MEXICO. 1970

I

Disertación psicológica sobre la personalidad de Nietzsche

Es difícil encontrar, en medio del variadísimo conjunto de grandes pensadores que han servido de guías a la investigación filosófica moderna, una personalidad tan discutida como la de Federico Nietzsche, y sobre la cual se hayan emitido opiniones y juicios tan encontrados y disímbolos. Y si todavía ahora la hermenéutica nietzscheana es un tópico lleno de vacíos y dudas, no se debe a otra cosa que a la dificultad de captar con exactitud y precisión el pensamiento que permanece hundido en la oscuridad de una dicción confusa, desordenada y anárquica; dificultad que se denuncia desde que se estudian los diferentes ensayos de interpretación, descubriendo en la mayoría de los casos una comprensión insuficiente o cuando menos inexacta.

Nietzsche representa la más formidable interrogación que el pensamiento humano en su delirio de verdad se haya propuesto, representa la cuestión más ardiente, la especulación más inquietante que ha surgido de las tareas filosóficas desde los albores del entendimiento discursivo. El "caso Nietzsche" ha venido a ofrecernos el dilema más extraño ante cuyas premisas debe deshacerse la eterna perplejidad humana, estableciendo una disyuntiva inapelable que se antoja agresión y en cuyos términos violentos la razón se ofusca y desconcierta; y esta agresión intempestiva, augurio de peligros (emblema de combates), constituye una amenaza que se cierne sobre nuestro inestable equilibrio ético y social; amenaza que, al arrancarnos de la contemplación de ideales imposibles, nos pone frente a frente nuestras tendencias más peligrosas, exponiendo a nuestros ojos en plena desnudez y con una carencia de pudor que desconcierta, todo lo que anda en nuestro fondo salvaje y primitivo de los atavismos biológicos que rigen nuestra organización vegetativa y que, con una brutalidad ciega y feroz, de cuando en cuando hacen irrupción en nuestra vida para ofrecernos el espectáculo irritante de morbosidades ancestrales que dormitan calladas y latentes aun en los espíritus más elevados y perfectos. Nietzsche representa la más grande objeción

contra la humanidad, tal como estamos habituados a estimarla y comprenderla. Se precisaba una inteligencia como la del filósofo de Roecken para deshacer, de un golpe, todo el edificio moral de que nos mostramos tan satisfechos y orgulloso; una inteligencia como la suya, monstruosa, hipertrófica, extraordinaria, que embriagada con su verdad y extasiada en su grandeza, llegara hasta la locura para afirmarse, y ajustara, con bruscas convulsiones de genio, los cimientos de una doctrina cuyos últimos detalles habían de quemar, al externarse, los labios del enajenado de Weimar. Y era preciso que esta inteligencia de anormal floreciera en la patria por excelencia de la monstruosidad intelectual; en medio de la raza donde toda concepción filosófica ha visto nacer sus tipos más aquilatados y extremos; donde el pensamiento, elevándose a las alturas más grandes e inaccesibles, ha construido en el vértigo de la cima las manifestaciones más culminantes de la razón. La mentalidad alemana es, en efecto, un fenómeno de monstruosidad por hipertrofia: el idealismo encuentra su prócer más alto en Hegel y en sus predecesores Fichte y Schelling; el materialismo en Büchner, Vogt y Haeckel; el pesimismo en Schopenhauer y Hartmann; el optimismo en Leibniz y en Nietzsche; el positivismo en la escuela psicofísica de Weber, Wundt y Fechner; el criticismo en Kant, y, en resumen, toda tendencia filosófica y todo sistema de pensar, al infiltrarse en la vida intelectual alemana, se ha visto transformado hasta alcanzar su aspecto más culminante y decisivo, sin retroceder hasta las últimas consecuencias de las premisas ya planteadas.

La obra de Nietzsche, como sistema de conjunto, no tiene precursores en la historia de la filosofía. Es un punto de vista demasiado personal para que pueda ser atribuido a la influencia exclusiva de uno o muchos pensadores. El detalle podrá exhibir huellas del antiguo helenismo, enseñanzas de Schopenhauer y de Max Stirner, principios de Spinoza, estilismos de los retóricos franceses, postulados estéticos de Wagner, pero nada más; el fondo de la doctrina es en absoluto íntimo, y no tiene más antecedentes que las características psicológicas de la personalidad misma de Nietzsche. Es preciso darse cuenta de que Nietzsche estuvo muy lejos de ser un simple imitador; es un paréntesis en el seno de la humanidad: no copió a nadie ni ha podido ser imitado por ninguno.

Es posible dividir la historia psíquica de Nietzsche en tres períodos: el primero comprende al hombre sano, equilibrado, normal; se refiere al erudito catedrático de Basilea que desde muy joven fatigaba su intelecto preparando la eclosión del genio, la aparición de la locura; el segundo comprende el desarrollo creciente de la enfermedad mental y el desenvolvimiento impetuoso del genio en su modalidad más elevada; es el período de creación por excelencia; el tercero es la triste decadencia de la razón, la degeneración en una vesania con todas sus miserias y dolores. Preparación, creación y decadencia, coincidiendo con las fases principales del trastorno mental: pródromos, crecimiento y demencia terminal.

Lo que hay de fatal y atávico en el genio de Nietzsche se revela, desde sus primeros años de vida intelectual, por una hipertrofia de las facultades más altas y por anomalías de carácter que le hacían llevar una vida de ascetismo y recogimiento, muy de acuerdo con la tonalidad general de su sistema filosófico, huraño, frío y altanero, pero en completo desacuerdo con su juventud ardiente y entusiasta y con sus éxitos brillantes en el mundo y en la ciencia. Su calor y su fuego se consumían bajo el peso de un gesto hiperbóreo, que sólo en los libros se deshacía para dejar libre la corriente del pensamiento y la ebullición de esa hoguera que minaba su personalidad íntima en una rumiación interminable. Este entusiasmo de pensar que durante todo el curso de su vida docente mantuvo al espíritu en una tensión extraordinaria, agotó muy pronto la resistencia de una vitalidad de suyo endeleble y delicada, y produjo, tras el ardoroso desperdicio de fuerzas en que se prodigó la inteligencia durante la composición de las *Laercianas*, un rápido declinar de la salud que convirtió al filósofo en triste valetudinario y lo encerró en los límites de una vida precaria y de una acción reducidísima.

Pero la enfermedad, que en un hombre trivial y grosero no hubiera dado origen más que a síntomas banales, en el "temperamento íntimo" de Nitzsche, entregado siempre al pensamiento, fue el primer impulso para el desenvolvimiento de la potencialidad creadora y para el desarrollo de la vesania en que más tarde naufragaría totalmente su personalidad. La inteligencia, habituada a la introspección de los fenómenos mentales, encontró un derivativo nuevo y cayó en el exceso de ocuparse del desarrollo de los fenómenos orgánicos. Una neurastenia fue el resultado de la aplicación de las actividades superiores al nuevo motivo que le ofreciera un padecimiento de origen gastro-intestinal. La conciencia hubo de avivarse en este nuevo campo de observación, la finura perceptiva aumentó considerablemente, y la sensibilidad recibió un impulso extraordinario haciéndose más justa, más amplia y más certera. La enfermedad proporcionó a Nietzsche una conciencia más completa del mundo y un concepto

más vivo de la existencia. Su psicología "universitaria" se transformó, bajo el impulso de la neurastenia, en una psicología delicada y personal que le permitiría en lo sucesivo darse cuenta exacta de las tendencias más ocultas, de las emociones más secretas y de los sentimientos más velados que guarda la caja de Pandora de nuestro espíritu. Y al abrir el estuche que los hombres mantienen cerrado, impuestos de instintivo temor a lo imprevisto y dominados por la fuerza inhibitoria de las trabas morales que afianzan el orden y las conveniencias sociales, al abrir ese estuche, la eterna caja de Pandora dejó escapar entre las manos atrevidas del filósofo mil cosas terribles que se desplomarían en sus escritos a golpes de martillo, descubriendo impúdicamente y a la vez con una inocencia primitiva todo lo que nuestro espíritu de esclavos guarda de sus tendencias ancestrales. (Sus orígenes biológicos.)

La obra de Nietzsche es, en efecto, el monumento más alto de humana introspección que guardan los archivos de la investigación filosófica. No hay rincón de nuestro espíritu, no hay miseria ni grandeza, oprobio ni gloria, que el ansia infatigable de la esfinge de Roecken no haya descubierto en el corazón humano con una delicadeza insuperable. Y en esa meticulosa disección, intentada pero no lograda por pensador alguno, la finura de Nietzsche escudriña, con la inocencia propia de un niño curioso y con la espontánea rebeldía del que ignorase toda maliciosa connivencia y toda complicidad vergonzante, escudriña y revuelve la madeja de nuestras tendencias y el laberinto de nuestros impulsos, y del seno de la humana personalidad extrae el molde escueto y desnudo que la común psicología sólo conoce revestido de oropeles sociales; y una vez en posesión del engendro salvaje que mueve el automatismo de nuestra vida mental, oculto entre las mallas de nuestra voluntad y nuestro pensamiento, arroja ese monstruo como extraña protesta contra el orden moral de nuestras sociedades y enciende con sus gritos la hoguera de una revolución inevitable.

En efecto, la neurastenia debe ser considerada como un exceso de introspección, y el "caso Nietzsche" nos pone en aptitudes de establecer un concepto claro de ese padecimiento si lo definimos como "una introspección ansiosa de los fenómenos orgánicos"; introspección que, al encadenarse al desarrollo de las emociones, envuelve las facultades todas en una actividad indescriptible, concentrándolas ampliamente en cada percepción y en cada sentimiento, transformando la cenestesia en proceso consciente y apre-

ciable, y dotando al sujeto de una finura de observación que en ocasiones llega a lo asombroso.

La "selvática sabiduría" de Zaratustra, nuevo evangelio de los oprimidos y égida de los impulsos befados y humillados por el presente estado ético de la sociedad, constituye para nuestra época un movimiento semejante al que hace diez y nueve siglos emergió como torrente del seno de las catacumbas romanas. Y así como entonces, al llamamiento evangélico que reclamó para la vida superior toda pobreza de espíritu y todo servilismo, así ahora, al calor del verbo nietzscheano, intérprete fidelísimo de una naciente rebeldía, una formidable reacción anticristiana se prepara y el orden moral de las sociedades modernas, infiltrado de convencionalismos, de transacciones fraudulentas, de pudibunderías y fanatismos, experimenta una brusca sacudida y los valores morales presienten la inminencia de una absoluta transmutación que se avecina.

La reacción orgánica que defendía la naturaleza de Nietzsche contra la invasión de la enfermedad, se tradujo en su espíritu, amplio y dominador, por una rebeldía patológica contra toda debilidad y toda decadencia; y en el ansia indomable de afianzarse a la vida, brotó de la existencia del asceta la afirmación *à outrance* que sirve de eje al individualismo sin ley y sin fronteras sobre que gira todo el edificio ético y toda la construcción metafísica de su sistema. Pero esa afirmación optimista del enfermo que sentía el declinar de la salud y el agotamiento de la voluntad, debía llegar a lo increíble para alcanzar su más alto grado de eficacia, escudriñando con afán prolijo hasta el fondo mismo de la personalidad y en las reconditeces del espíritu las manifestaciones más calladas, subterráneas y latentes que desde los albores de la vida pensante manchan la conciencia humana y rebajan y corrompen todo lo noble y sagrado que desarrolla la humanidad en su eterno devenir. Las nociones negativas del deber y el pecado recibieron de manos de Nietzsche el golpe decisivo que las condenaría como engendros falaces de la debilidad humana, y así, una vez satisfecho el impulso rebelde y desprovisto ya de toda traba con el orden moral, el yo exclusivo y absoluto que renacía de un montón de carne de miseria pudo elevarse impetuoso y amenazante sobre todo, y a pesar de todo, hasta la altura paradisíaca en que el filósofo se encontró una vez, "a seis mil pies sobre el nivel del hombre y del tiempo". Y ahí, en plena selva, cuando el espíritu aligerado se sintió flotar alegremente sobre la superficie de la tierra, y mientras que una soberana introspección revelaba a los hombres la intimidad de la

inspiración en medio de la más completa embriaguez de la voluntad y el sentimiento, ahí mismo, en la meta de la ansiada verdad, la más triste vesania arrojaba sobre el vidente su germen fatal de decadencia.

"El que arroja a la naturaleza en el abismo de la destrucción debe experimentar en sí mismo la disolución de la naturaleza", y el espíritu rebelde de Nietzsche, al hundir en la destrucción el orden moral del mundo, al libertarse de un golpe de todo servilismo y toda decadencia, veía caer en el seno de la locura su inextinguible ansia de verdad.

La evolución del padecimiento se hizo fatal e inevitable; a pasos lentos pero seguros, la personalidad se deshacía bajo el impulso de una degeneración insidiosa y solapada. El espíritu estallaba en sacudidas que remedaban un acceso patológico; las verdades se exteriorizaban en anárquico desenvolvimiento ocultando en el manto de su belleza ditirámbica el desarrollo de la mentalidad; el "filosofar a martillazos" se convirtió en estilo propio del asceta; el espasmo preparalítico dejó sus huellas en cada aforismo y en cada pensamiento, y la neurastenia primitiva cedió su sitio poco a poco a la fase preparalítica de la enfermedad de Bayle.

¡Incipit Zarathustra! El profeta del evangelio nuevo, el sabio selvático que deshacía la madeja de su vida en la soledad y el desprecio, pudo desde entonces vivir su filosofía —¡cuán raros los filósofos que viven sus doctrinas!—, y el hombre moderno emancipado de todo modernismo recobró la inocencia primitiva que ignoramos nosotros, hombres demasiado civilizados para ser inocentes, y en lugar de ofrecerse como sátiro impúdico, como blondo carnicero que dijera el señor Caso, la inocencia del bien y del mal sobre que gira toda su ética y toda su doctrina le convirtió en dulce adorador del arte, en cantor de las bellezas naturales y amante jocundo de la vida más alta y de los goces más puros y elevados de la existencia humana.

Pero no en vano las toxinas en su trabajo irritativo excitaban de continuo la actividad cerebral; el filósofo comenzó a desprenderse poco a poco de la realidad, y a hundirse en una violenta cerebración que le agitaba y azuzaba constantemente a medida que la frenopatía avanzaba sin descanso. El pensamiento adquiría aspectos cada vez más definidos e inequívocos de su carácter morboso, y el yo reclamaba progresivamente extensión más amplia y horizontes más vastos; la megalomanía preparalítica lanzaba en medio del ditirambo y de la máxima su chispa frenopática,

y hacía descender al filósofo a una triste plenitud que en *Ecce Homo* se manifiesta con absoluta perfección.

Ahí, en el colmo de la habilidad introspectiva y con la inmensa libertad e inocente impudor que solamente los grandes degenerados son capaces de desarrollar, ahí el filósofo que se inclinaba rápidamente al desenlace de la sublime tragedia de su vida, ahí, en un extraño análisis psicológico de una precisión admirable, revisa las tendencias de sus obras, su valor filosófico y literario y el determinismo de su causación y de su espontáneo desarrollo.

"Por qué soy tan listo", "por qué soy tan sabio", "por qué escribo tan buenos libros", epígrafes reveladores de la parálisis general en su plenitud máxima, no hicieron más que completar la acusación de incurable demencia que ya surgía de entre sus libros cuando la megalomanía paralítica le impulsaba a declararse el primero de los escritores alemanes, el filósofo por excelencia, el portador único de la Verdad, y cuando en la amargura que engendra en su espíritu la indiferencia de sus contemporáneos, hacía de sus libros heraldos de desprecio y pedía a las nuevas generaciones, de donde tarde o temprano había de nacer el superhombre, un lugar de honor, el lugar más alto, para su *Zarathustra*, el libro más grande y más decisivo que según él ha producido la inteligencia humana.

Su inmensa locura contemplaría muy pronto la absoluta desaparición de toda actividad mental y de todo pensamiento. La enfermedad no tardó en sujetarle a un martirio de dolores y miserias, y el manicomio de Weimar vio desaparecer, en 1900, la inteligencia más extraña que fue dado contemplar a las generaciones modernas.

Hasta dónde puede un genio psicopático y una inteligencia en pleno desequilibrio dar origen a las producciones más altas de la mentalidad humana, es un hecho que muestra la carrera admirable del filósofo de Roecken. ¿Es que la degeneración mental resulta indispensable en la íntima causación de las obras verdaderamente geniales? La historia natural de la inteligencia humana no dice otra cosa, y, puesto que las grandes obras, guías y conductoras de nuestras finalidades supremas, arrastran siempre consigo el naufragio irreparable de las personalidades más altas y de las inteligencias más excelsas, doblemos la rodilla ante esos seres, mitad sublimes y mitad absurdos, que al sacrificarse por una verdad que nos redima, ascienden durante la tragedia de la vida anormal hasta la dolorosa cúspide de un calvario inagotable de angustia y de penas.